

# EL MUNDO

Miércoles, 20 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.429.

## ESPAÑA

### LAS REFORMAS DEL GOBIERNO

## Vida, familia y hambrunas progresistas

**Las iniciativas sociales aprobadas o anunciadas por el Gobierno, como el matrimonio entre homosexuales o el aborto libre hasta las 12 semanas, incidirán, a juicio del autor, en la desestructuración de la familia, la institución que forma la base de la sociedad**

JOSE LUIS REQUERO

Este verano hemos sabido que, en 2002, con 100.000 hectáreas calcinadas al año, un millón de árboles quemados y 10.000 incendios forestales, sólo una persona fue condenada. En Galicia, sus 4.500 incendios contrastan con apenas 40 denuncias. Algo pasa; de ahí que el fiscal se haya comprometido a prestar especial atención a esa delincuencia medioambiental. También se ha sabido que, según la Fiscalía General del Estado, en ese año hubo 60 diligencias y cinco condenas por aborto, mientras que, según el Ministerio de Sanidad, en 2002 se practicaron 77.125 abortos, casi todos por grave peligro para la salud psíquica de la madre. Esto supone que o hay un ejército de potenciales trastornadas o estamos ante una impunidad generalizada, lo que explicaría que el Gobierno no tenga prisa en ir al aborto libre dentro de las primeras 12 semanas de embarazo.

España ha progresado mucho, pero el número de abortos provocados desde 1987 asciende a 763.756, lo que hace pensar que más que progreso estamos ante una silenciosa y sorda barbarización. Cuando se debatía la despenalización del aborto se advirtió de que su efecto sería expansivo, y así, de los 16.766 abortos en 1987 llegamos a los 77.125 de 2002. Hay que añadir, además, que se producen en mujeres cada vez más jóvenes -si en 1987 el 12,4% fue en chicas menores de 18 años, en 2002 fue el 50%- , pese a todo el dinero invertido en educación sexual. Trivializada la vida humana, otros abusos contra el no nacido -fecundación artificial, experimentación con embriones, selección genética- se ven como peccata minuta. Una sociedad que en ese tiempo ha convivido con más de tres cuartos de millón de abortos -quirúrgicos, ya que no se cuentan los que sean fruto de la píldora del día después- aguanta miles de embriones congelados, que se experimente con ellos y, a partir de ahí, lo que le echen. Como las leyes educan o deseducan, ése es el efecto de la ley de despenalización parcial del aborto. Bastó esa norma para que en la mente colectiva se haya desdibujado el respeto a la vida humana.

Y lo mismo pasa con la familia, una de las instituciones más valoradas que, sin embargo, es maltratada. La Constitución manda protegerla, pero, en comparación con Europa, las ayudas que recibe son ridículas y, lo que es peor, se profundiza en todo lo que la debilita. La Ley del Divorcio desdibujó la idea del matrimonio como unión de por vida basada en la fidelidad, con un efecto multiplicador: de 82.580 matrimonios rotos en 1995, llegamos a 115.278 en 2002. El actual derecho de familia es cada vez más caótico, con unas comunidades autónomas promulgando leyes de parejas de hecho, otras de uniones homosexuales y otras permitiendo la adopción a parejas del mismo sexo; y ahora se anuncia el matrimonio homosexual y el divorcio fácil.

Pero, al margen de que los procedimientos matrimoniales precisen de reformas, lo central es saber si hay una política familiar inspirada en la idea de que el matrimonio necesita protección, de que la solidez de la sociedad se asienta en la familia y de que la idea de bienestar pasa por medidas de fomento y protección de ambas instituciones. Por ejemplo, para permitir la adopción por homosexuales se dice que ya hay menores adoptados por un homosexual que conviven con la pareja de su adoptante, pero la cuestión es saber si la política del gobernante consiste en convertir acríticamente ese hecho en derecho o si alberga alguna idea sobre la bondad de esas adopciones.

Visto lo que hay, lo venidero -facilitar aún más la experimentación con embriones, divorcio sin cortapisas, matrimonios y adopción por homosexuales- y lo que está en lista de espera -eutanasia, aborto libre hasta las 12 semanas, clonación terapéutica-, ¿responde al deseo de crear una nueva conciencia o es un ejercicio de irresponsabilidad? La agresividad que despliegan sus inspiradores recuerda a esas operaciones de ingeniería social vividas en la Europa de entreguerras. Difieren en que entonces llevaron a regímenes políticos devastadores, pero coinciden en el desarme ético que comportan para los ciudadanos. Cuando, para avalar estas iniciativas, Zapatero dice que hay que acabar con «tanta imposición de moral y actitudes carcas», ¿qué es?, ¿ingeniero social, indiferente o irresponsable? Para contestar habría que saber qué piensa de las cifras de abortos o de familias desestructuradas, si es algo que debe enmendarse, algo indiferente o algo positivo, ejemplo de una sociedad madura y avanzada.

Hace unos meses, la Comunidad de Madrid organizó una jornada sobre la escuela y la familia. Por encima de los expertos brilló con luz propia la intervención de unos chicos de 16 o 17 años. Frente a la protección institucional tan de moda -institutos de juventud, defensores del menor, etcétera-, apareció la realidad contada por ellos mismos: la protección que pedían era la de un hogar estable, unos padres a los que acudir, con los que vivir a diario y que supiesen educarles. En definitiva, más que políticas activas, pedían una familia de verdad. Esos chicos, ¿habían caído en la «imposición moral y la actitud

carca»? El tema no es baladí, pues son hijos de unas generaciones en las que ya ha habido ingeniería social, y el fruto es que hay mucho juguete roto que ha crecido sin una familia estable, con ausencia de autoridad paterna y materna, con un sistema educativo escaso de valores que transmitir. La factura ha sido el desarraigo, el desequilibrio, la irresponsabilidad, la inmadurez, los botellones, la intolerancia o la violencia.

Con las reformas que vienen -junto al empeño de mermar aún más la educación en valores desde prejuicios laicistas-, aparte de acentuar lo que no funciona, no parece que se vaya a construir una sociedad más equilibrada, humanamente más sólida. Se avecina un momento legislativo muy delicado. Con arrogancia, se anuncian decisiones que dañarán aún más las bases de la sociedad y que, seguramente, serán irreversibles, pues la experiencia demuestra que lo vendido como progresista no hay quien lo enmiende.

Se teje así una dictadura silenciosa a base de arrogancia, pero también de debilidad, de silencio y de temor a que le digan a uno que no es progresista. Ese progresismo es una esencia que unos pocos administran, un título que expenden a su gusto y que suele encerrar serios desmanes, cuando no tremendos dramas sociales. Un ejemplo es el de aquel afamado ingeniero social, el joven Lenin. Durante el último zarismo, el campo ruso padeció una hambruna terrible. Sus correligionarios quisieron enviar ayuda, pero Lenin cortó en seco: «El hambre cumple una función progresista». También ahora nuestros ingenieros sociales desean que otra hambruna, la de valores sin imposiciones morales ni actitudes carcas, cumpla su función progresista.

**José Luis Requero es magistrado y vocal del Consejo General del Poder Judicial.**

© Mundinteractivos, S.A.